

La CELAC en 2020 y su vinculación con actores extrarregionales

Natalia Saltalamacchia Ziccardi

Desde su lanzamiento en 2010, uno de los principales propósitos de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) ha sido impulsar un mejor posicionamiento de sus Estados miembro en el orden internacional. A su vez, una serie de actores globales han visto con interés la existencia de la CELAC como vehículo para relacionarse con el conjunto de América Latina y el Caribe, comunicar sus objetivos de política exterior y establecer asociaciones que puedan, entre otras cosas, proceder sin la influencia de Estados Unidos. Hoy en día, sin embargo, la CELAC pasa por un momento delicado que obliga a reflexionar sobre cuál es su capacidad para ser una plataforma para el relacionamiento externo de la región.

En este artículo se argumenta que la CELAC se encuentra en una etapa de gran debilidad, en la cual está en juego no solo su relevancia sino su misma existencia. La parálisis política que se ha generado a raíz de las francas divisiones entre sus Estados miembro, ha obligado a repensar tanto su lógica como sus formas de operación. La estrategia adoptada apunta a conservar a flote el foro mediante un enfoque de corte funcionalista: se busca separar el campo político del técnico y basar la cooperación en temas sectoriales que pueden prescindir de la interlocución entre las máximas autoridades políticas nacionales. Esta modalidad tiene, desde luego, un impacto en el tipo de interacción con los socios extrarregionales; en particular, induce a su despolitización y a enfatizar su desarrollo por la vía de canales técnicos y burocracias especializadas.

En los dos primeros apartados se expone la parálisis política de la CELAC, la situación límite en la cual se dio paso a la presidencia pro t mpore de México en 2020 y la manera en la cual este mecanismo multilateral ha replanteado su lógica y sus tareas en el presente. A continuación, se abordan las consecuencias en la vinculación con dos socios extrarregionales: la Unión Europea y China. Finalmente, se reflexiona sobre las posibilidades a futuro de este foro, tomando en cuenta el impacto de la pandemia de COVID-19.

La parálisis política de la CELAC y la Presidencia Pro T mpore (PPT) mexicana

En enero de 2017, se celebró la quinta y, hasta el momento, última reunión Cumbre de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y

Caribeños en Punta Cana. Desde entonces la CELAC entró en una progresiva inmovilidad, fruto de la agudización de las diferencias políticas entre sus países miembro. Los desencuentros llegaron al grado de tener que suspender la Cumbre CELAC-Unión Europea y trastocaron el mecanismo de rotación de la presidencia pro t mpore (PPT) del grupo. El Salvador asumió la PPT en 2017, pero tuvo que permanecer al frente durante el 2018 por falta de acuerdo sobre el país que tomaría la estafeta. En 2019, la Bolivia de Evo Morales presidió la CELAC, pero fue poco lo que pudo hacer, en parte porque se le percibía como un Estado claramente posicionado en uno de los dos bloques que dividen a la membresía.

En efecto, la principal razón del *impasse* que experimenta la CELAC es la división ideológica que produce la situación en Venezuela, la cual se traduce en tensiones geopolíticas regionales. A partir de 2015, la noción original de “unidad en la diversidad”-que permitía acomodar a países de diferente signo político en este foro- fue cediendo ante el ascenso de líderes de centroderecha o derecha radical (como el de Jair Bolsonaro en Brasil). Varios de estos gobiernos no solo cuestionaron la participación de Cuba y del gobierno bolivariano de Nicolás Maduro en este espacio (sobre todo, a partir de su dudosa reelección en mayo de 2018), sino también percibieron a la CELAC y a la Unasur como productos diplomáticos de la anterior ola de gobiernos de izquierda frente a la cual deseaban distanciarse.

En este camino de diferenciación respecto al pasado, varios países anunciaron la suspensión de su participación en la Unasur a partir de abril de 2018. Apareció, entonces, en el horizonte la posibilidad de que también se retiraran de la CELAC o simplemente la dejaran morir en la inactividad. De hecho, ningún país sudamericano estuvo dispuesto a asumir la PPT en 2020, después de la gestión boliviana. En cambio, en marzo de 2019, los gobiernos de Chile y de Colombia lanzaron una enésima iniciativa de cooperación subregional llamada Foro para el Progreso de América del Sur o Prosur, cuya existencia hasta ahora es más bien nominal.

En medio de esta tendencia disgregadora, México dio un paso al frente con el propósito de preservar la existencia de la CELAC,  nico mecanismo que agrupa a los treinta y tres países de América Latina y el Caribe. Por diferentes motivos, los gobiernos de Evo Morales en Bolivia y de Peña Nieto en México coincidían en respaldar la continuidad de este foro y la buena sintonía entre ambos países se fortaleció con la llegada al poder, a finales de 2018, de Andrés Manuel López Obrador. Durante la PPT de Bolivia se trabaj  en conjunto la posibilidad de que México asumiera el liderazgo de la CELAC el año siguiente. Es así como, en septiembre de 2019, en el tradicional encuentro de la CELAC, paralelo a la reunión anual de la Asamblea

General de Naciones Unidas, los ministros de Relaciones Exteriores del grupo aprobaron esta candidatura por consenso y el 8 de enero de 2020 México asumió la presidencia.

A pesar de la aguda polarización del entorno regional, México apostó a que su peso relativo en la región fuera suficiente para que otros países aceptaran darle continuidad a la CELAC, aunque fuera de manera renuente; después de todo, el costo de quedarse nominalmente en el grupo era bajo, mientras que darle el beneficio de la duda a la segunda potencia regional podría ser conveniente. México pudo contar con la aquiescencia, aunque no entusiasmo, de sus socios en la Alianza del Pacífico (promotores de Prosur) y, en un golpe de fortuna, con el respaldo decidido del gobierno entrante de Alberto Fernández en Argentina. La notable e importante excepción fue Brasil, país que formalizó la suspensión de su participación en la CELAC y se ausentó del lanzamiento de la PPT mexicana en enero de 2020¹.

La Cancillería mexicana fue consciente de que asumía un papel de salvataje. “La disyuntiva de la CELAC hoy es clara: o la dejamos caer en la irrelevancia o la rescatamos y procuramos avanzar en una unidad pragmática” escribió el Subsecretario para América Latina y el Caribe (El Universal, 2020). Precisamente para poder avanzar en la cooperación pragmática, los Estados miembros trabajaron en la dirección de adaptar tanto la agenda como las formas de operación de la CELAC. Como se explica a continuación, esto ha implicado una suerte de redefinición tácita de la naturaleza y los alcances de este mecanismo multilateral. La cuestión, evidentemente, tiene consecuencias para el relacionamiento con los socios extrarregionales.

La CELAC en ropaje funcionalista

En sus orígenes, la creación y el diseño de la CELAC siguieron la lógica presidencialista que permea el regionalismo latinoamericano, por la cual la cooperación y el diálogo se asienta, sobre todo, en la voluntad política de los jefes y jefas de Estado en un proceso que funciona de “arriba hacia abajo” con exigua institucionalización: las máximas autoridades se encuentran personalmente en Cumbres o reuniones de ministros, definen mandatos y se los transmiten a sus burocracias nacionales. En este esquema, la diplomacia presidencial resulta crucial para producir acuerdos y avances y, por ende, un cierto grado de coincidencia respecto a premisas políticas básicas se vuelve necesario.

Como revela el punto muerto de los años recientes, la CELAC no puede operar con esa lógica en el escenario actual. El contexto no es propicio para que se produzcan encuentros de las y los líderes latinoamericanos y caribeños ni para concertar posiciones sobre

los problemas políticos más apremiantes que enfrenta la región o el mundo. Por ahora, el mecanismo de Cumbres está fuera del horizonte, ya que resulta difícil sentar a la mesa a mandatarios que están fuertemente enfrentados o que sencillamente no reconocen a la contraparte, como sucede con los dieciocho países miembros de la CELAC que han otorgado a Juan Guaidó el reconocimiento como presidente interino de Venezuela². De tal manera, que la continuidad de la CELAC en el presente ha exigido una redefinición conceptual del mecanismo en la práctica; redefinición que incorpora, a sabiendas o no, algunos de los presupuestos de la teoría funcionalista relativos a la cooperación o integración regional (Mitrany, 1933).

En efecto, durante la PPT de México se ha planteado que, en este contexto regional convulso, la CELAC puede seguir siendo un espacio de cooperación en la medida en la cual se enfoque en la resolución de problemas de carácter práctico o técnico que sean de interés común, pero políticamente no controversiales. En línea con lo que postula el funcionalismo clásico, la idea es propiciar oportunidades para que los países miembros interactúen exitosamente en un contexto apolítico, en donde se busca obtener resultados a partir de proyectos de colaboración específicos, de naturaleza técnica y de nivel intermedio. El objetivo es mantener continuidad en la interlocución y cultivar espacios de confianza entre funcionarios, redes de expertos y actores de la sociedad civil en una dinámica que actúa más bien de “abajo hacia arriba”. En esta visión, la continuidad de la CELAC se justificaría entonces por las necesidades de coordinación interestatal que subsisten a pesar de las divisiones y sus tareas se seleccionarían con base en el criterio de utilidad funcional.

El programa de trabajo de la CELAC, aprobado en la reunión ministerial de enero de 2020, refleja precisamente estas premisas: identifica catorce áreas de interés y una serie de proyectos puntuales relativos a la cooperación aeroespacial, gestión de riesgos por desastres, ciencia y tecnología para las sociedades, compras consolidadas en común, monitoreo sobre la resistencia a antimicrobianos, gestión sustentable de recursos oceánicos, entre otros (PPT de México en la CELAC, 2020). Aunque se hace alusión a trabajar en posiciones conjuntas sobre los temas prioritarios de la región y llevar una voz unificada sobre asuntos globales ante la ONU, en la práctica las actividades se han concentrado en la agenda funcional, de carácter intrarregional. Por ejemplo, las dos declaraciones emitidas por la CELAC durante el año en curso, han sido en apoyo a la equidad de género en el Día Internacional de la Mujer y la Declaración sobre el Uso Pacífico del Espacio Ultraterrestre.

Con este nuevo ropaje funcionalista, los trabajos de la CELAC se han caracterizado por llevar a cabo encuentros (virtuales) que mezclan la participación de autoridades nacionales, representantes de otros

organismos internacionales (*e.g.* CEPAL, OPS, FAO), académicos y científicos. Desde luego, la pandemia de la COVID-19 reforzó este enfoque: la CELAC ha intentado mostrarse relevante como un foro que impulsa la comunicación entre redes de expertos, el intercambio de buenas prácticas y el estudio sobre las consecuencias de la pandemia en la economía, la seguridad alimentaria y el sector educativo en la región (PPT_CELAC, 2020). Esta manera de operar ha permitido, en efecto, sortear algunos obstáculos político-diplomáticos; por ejemplo, autoridades técnicas de Venezuela y Colombia han podido participar en un mismo espacio virtual.

En este contexto, los objetivos y la dinámica de la relación de la CELAC con socios extrarregionales han tenido que adaptarse. La pregunta es qué tanto un mecanismo multilateral que adopta, al menos por ahora, una lógica funcionalista y apolítica sigue siendo atractivo para las contrapartes y, por otro lado, cuál es la utilidad funcional que esas asociaciones revisten para la CELAC. En el siguiente apartado se abordan estos temas.

Vinculación con socios extrarregionales

Como se ha dicho, la CELAC se creó con la misión de ser una plataforma de proyección de América Latina y el Caribe en el resto del mundo. En esta línea, el grupo fue formalizando diálogos con la Unión Europea (UE), China, Rusia, India, República de Corea y Turquía. Una lista de socios que revelaba la conciencia del bloque respecto a la progresiva gestación de un sistema internacional más multipolar y en el que, por cierto, América Latina y el Caribe iban quedando rezagados.

La vinculación con socios extrarregionales de peso se pensó como una de las ventajas comparativas que ofrecía la CELAC frente a otros núcleos de asociación latinoamericanos y caribeños y ha sido ampliamente valorada por los países miembros. Esto es especialmente cierto para los Estados pequeños o insulares que pueden beneficiarse del peso como región para interactuar con actores poderosos. Asimismo, todos los miembros comparten el incentivo de multilateralizar la relación con contrapartes que pueden resultar controversiales desde la óptica de Estados Unidos, particularmente China y Rusia.

No obstante, es un hecho que el atasco interno de la CELAC ha afectado la dinámica tradicional de la interacción con los socios externos en años recientes. En primer lugar, porque el grado de compromiso con el seguimiento cotidiano a los trabajos de la CELAC, mediante la figura de los coordinadores nacionales, decayó en muchas capitales. En segundo, porque uno de los puntales de estas sociedades extrarregionales es el diálogo político, sin embargo, en la medida en la

cual latinoamericanos y caribeños no pueden conversar entre ellos sobre estos temas, resulta quimérico que puedan presentar una voz unificada hacia afuera. En tercer lugar, como se ha dicho, se dificulta llevar a cabo las reuniones de muy alto nivel, birregionales o de la CELAC+1, en este contexto de polarización. ¿Qué posibilidades existen entonces de avanzar en estas interlocuciones?

Existen diferentes grados y modos de afectación del relacionamiento con los socios extrarregionales. Los dos casos más destacados, la UE y China, revelan que estas diferencias se basan en el contenido de la agenda que se prioriza –ya sea política o económica– y la posibilidad de adaptar los programas de acción de cada uno de los foros al enfoque funcionalista y a los proyectos específicos planteados durante esta etapa. En el actual panorama, existen más obstáculos para reactivar la relación de la CELAC con la UE que con China.

Aunque la asociación birregional CELAC-UE es la más antigua e institucionalizada, en ella pesa mucho el componente de diálogo político que gira en torno a valores y normas compartidas, entre otras, el respeto a la democracia y los derechos humanos. Esta es una característica singular y virtuosa de la asociación, pero en el contexto actual genera tensiones irresolubles. Las instituciones de la UE y muchos de sus Estados miembros se han decantado en contra del gobierno de Maduro y utilizan su diplomacia para impulsar una transición democrática negociada en Venezuela. Más aún, el Parlamento Europeo y al menos diecinueve países de la Unión Europea reconocen a Juan Guaidó como presidente interino de ese país. Con ello se han colocado justo en el corazón de la fractura que divide a la CELAC, como participantes y no meros observadores, lo cual dificulta la interacción bloque a bloque.

El mejor ejemplo de lo anterior fue la suspensión, por ahora indefinida, de la III Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno CELAC-UE que debía llevarse a cabo en San Salvador en 2017. Los países integrantes del recién creado Grupo de Lima solicitaron aplazarla, como mecanismo de presión al gobierno de Maduro, lo cual fue aceptado por la contraparte europea. Paralizado el mecanismo de Cumbres, actualmente se intenta sostener la comunicación a través de los coordinadores nacionales y reuniones de los jefes de Misión de CELAC ante la UE con sus contrapartes institucionales en Bruselas. Aunque se entretenía la posibilidad de una reunión ministerial CELAC-UE hacia el final de la PPT mexicana en 2020, la pandemia la ha empujado a un horizonte más lejano. Quizá sea afortunado porque un encuentro birregional a ese nivel promete despertar una polémica con Brasil.

En este momento, parece que la asociación CELAC-Unión Europea solo puede transcurrir al nivel de los grupos técnicos de trabajo, en un

modo de baja intensidad. En la parte positiva, la asociación birregional cuenta con un acervo de ejercicios de cooperación en temas científicos y de salud que tienen características adecuadas para funcionar con la lógica actual. Destaca, por ejemplo, la Iniciativa Conjunta sobre Investigación e Innovación (JIRI) lanzada en 2016, que reúne a altos funcionarios en ciencia y tecnología de los países miembros e incluye investigación conjunta en materia de enfermedades infecciosas (UE-CELAC, 2016). Su última reunión se llevó delante de forma virtual en octubre de 2020, siendo uno de los pocos resultados concretos de la asociación birregional en estos tiempos.

El caso de China es diferente. No sólo porque el país asiático sí reconoce al gobierno de Venezuela que ocupa la silla en la CELAC, sino porque, en general, nunca ha demostrado preferencias políticas o ideológicas en su relacionamiento con los países de América Latina y el Caribe (Legler *et al.*, 2018: 245). En contraste con la UE, el Foro CELAC-China (FCC), creado en 2014, no contiene elementos político-normativos destacados, sino que se enfoca en temas económicos y de cooperación. Desde este punto de vista, China no desempeña un papel divisivo sino, por el contrario, aglutinador de intereses dentro de la CELAC: todos los miembros están interesados en beneficiarse de esta relación en términos comerciales, de inversión y de proyectos de cooperación. Esto, que ya era un importante incentivo para mantener la asociación extrarregional, se perfila como vital a partir de los profundos efectos que sufrirá la región latinoamericana a raíz de la recesión económica global ocasionada por la crisis sanitaria de la COVID-19.

Asimismo, el Plan de Acción Conjunto de Cooperación en Áreas Prioritarias CELAC-China (2019-2021) incorpora algunos de los temas que han sido identificados como prioritarios durante la PPT mexicana como la salud, la reducción de riesgo de desastres y el turismo. Debido a su papel como origen del brote epidémico, China ha desarrollado una intensa diplomacia médica de tipo bilateral entre todos los países de América Latina y el Caribe, pero también ha insistido en hacerlo a nivel de la CELAC, como foro conjunto. Por ejemplo, en la “Reunión ministerial virtual sobre asuntos de salud para la atención y el seguimiento de la pandemia COVID-19 en América Latina y el Caribe” de marzo de 2020, participó el Ministerio de Salud de China, a través de su vicepresidente Zeng Yixin (Secretaría de Relaciones Exteriores, 2020). Además, China empuja, tanto como puede, para mantener un alto nivel de representación, por ejemplo, promovió una reunión virtual entre el ministro de Relaciones Exteriores, Wang Yi, y sus contrapartes en la región para discutir las medidas en contra de la COVID-19.

A pesar de las dificultades internas que atraviesa la CELAC, China ha mostrado flexibilidad y un marcado interés en sostener el FCC, ya

que es un espacio en el que interactúa directamente con los países de América Latina y el Caribe sin la influencia de Estados Unidos (Myers, 2020: 6). En 2018, por ejemplo, propuso la creación de un “cibersecretariado” que tendría la función de preparar las reuniones del mecanismo y otras actividades pero, sobre todo, permitiría una comunicación fluida entre ambas partes, sin importar qué país preside la CELAC. Lo cierto es que la parte china identifica a este foro como el principal mecanismo diplomático mediante el cual busca llevar adelante su acercamiento a la región latinoamericana y tendría la intención de enmarcar las acciones de cooperación de este espacio en la iniciativa de la Franja y la Ruta.

Seguramente, la CELAC tomó en consideración los elementos anteriores para adjudicar mayor importancia a China que al resto de los socios extrarregionales en el plan de trabajo 2020. En efecto, entre los catorce objetivos planteados, la única mención explícita que existe al relacionamiento con socios externos se refiere a la celebración del Foro Ministerial CELAC-China, el cual se estaría adelantando porque la siguiente cita estaba marcada para el año 2021. Más allá de la medida concreta, esto puede leerse como una señal diplomática de qué es lo que genera consenso interno y en dónde está, en este momento, la prioridad de la CELAC en cuanto a vinculaciones extrarregionales.

En suma, la despolitización de la CELAC y su actual operación en “modo funcionalista” tiene consecuencias para la interacción con los socios extrarregionales. Por ahora, estos deben abandonar la expectativa de que sea un bloque que, en ciertos momentos o temas, represente la voz de América Latina y el Caribe en el orden internacional. Como se ha visto, las agudas divisiones y rivalidades internas imposibilitan este tipo de consensos e incluso se expresan en visiones encontradas sobre cómo deben ser las relaciones políticas con las principales potencias globales. La CELAC no puede pensarse, hoy por hoy, como un jugador en el tablero geopolítico global. Esto, sin embargo, no anula la utilidad de las asociaciones extrarregionales en la medida en la cual se encuentren maneras de aprovechar la infraestructura existente para avanzar la cooperación en aspectos económicos, científicos y tecnológicos. Sin duda, del lado latinoamericano y caribeño tiene sentido conservar estas asociaciones porque son de los pocos asuntos en los que hay acuerdo en extenso. Por su parte, la Unión Europea y China deben estar dispuestos a adoptar métodos de trabajo y a priorizar las agendas que estimulen la cohesión, no la disgregación.

Conclusiones: perspectivas a futuro de la CELAC

El camino de la CELAC ha sido de alguna manera inverso al planteado por las teorías clásicas de la integración. Arrancó como un mecanismo

de diálogo y concertación política al más alto nivel que pretendía, entre otras cosas, coordinar posiciones comunes de sus treinta y tres países miembros sobre temas de alta política regional y global. Esas posiciones también habilitarían una interacción de mayor escala con otras regiones o países. La voluntad política de las y los mandatarios y cierta afinidad ideológica fueron puntales del proyecto por lo que, cuando desaparecieron, el edificio empezó a desmoronarse. Para mantener viva a la CELAC, el siguiente paso ha sido volver al casillero uno: es decir, impulsar el ánimo de cooperación interestatal de “abajo hacia arriba”, mediante un enfoque de solución de problemas prácticos, de índole técnica, basada en la interacción de autoridades sectoriales, expertos y actores sociales interesados. Ahora bien, dado que la región de América Latina y el Caribe tiene una vasta cantidad de organizaciones internacionales funcionales que ya se encargan de muchos de estos asuntos, se debe asumir que el fin último sigue siendo político: preservar la existencia del único mecanismo que reúne a toda la región con miras a que en el futuro –en la medida en la que cambie la configuración regional– sea posible reactivar otros niveles de interlocución.

Tomando en cuenta los ajustes realizados en el funcionamiento de la CELAC, ¿cuáles son las perspectivas de continuidad en el futuro cercano? La aparición de un factor exógeno y extraordinario como la pandemia, dificulta la evaluación del presente y las proyecciones a futuro. Por un lado, la crisis sanitaria puso de manifiesto que las necesidades de cooperación frente a fenómenos transnacionales son agudas y también evidenció la carencia de mecanismos institucionales para orquestrar respuestas conjuntas entre todos los países de la región, especialmente en Sudamérica³. A diferencia de lo que ha sucedido en África, por ejemplo, América Latina y el Caribe no ha podido presentar una voz unificada hacia afuera para defender sus intereses o recabar apoyos internacionales en el combate a la COVID-19. La ausencia de un liderazgo que impulse acciones colectivas que abarquen toda el área ha sido notable. En ese sentido, la irrupción de la pandemia, sumada a la desaparición de otros mecanismos multilaterales subregionales como la Unasur o ALBA, actúan a favor de la idea de conservar la CELAC en tanto foro de diálogo y coordinación interestatal regional que tiene amplia representatividad.

Por otro lado, la pandemia llegó en un momento de reinvencción y fragilidad de la CELAC. Aunque ha buscado poner en marcha algunas iniciativas en este campo, tratando de mostrarse relevante, la crisis sanitaria introdujo una situación de excepción que ha producido varios obstáculos: dificultades operativas para avanzar en el plan de trabajo original; imposibilidad de realizar un cabildeo diplomático presencial a favor de la CELAC en las capitales de los países miembros; menos tiempo para dedicar al proceso interno de reflexión sobre el futuro del foro y para la redefinición del mecanismo de rotación de la PPT. Asimismo, congeló de manera artificial algunos de los problemas que inevitablemente

resurgirán en su momento (por ejemplo, el espinoso asunto de las reuniones presenciales de Cancilleres, intra y extrarregionales).

Todo esto implica que habrá que esperar a un escenario pos-COVID-19 y a la normalización de las interacciones internacionales para comprender si la apuesta por mantener la CELAC en un nivel de cooperación técnica, alejada de los conflictos políticos, es sostenible y puede dar algunos resultados. El reto inmediato es identificar a países de nivel intermedio y capacidad diplomática que estén dispuestos a sustituir el liderazgo de México en la presidencia pro t mpore (Argentina podría ser una candidata al puesto), o bien, aceptar la extensión de la PPT a un período de dos años. En todo caso, el panorama regional de los próximos años se perfila muy complicado a raíz de las consecuencias negativas de la pandemia: la recesión económica, el aumento de la pobreza y el consecuente malestar social (que ya venía acumulándose), aumentarán los riesgos políticos a nivel nacional y será poca la capacidad de los países latinoamericanos y caribeños para mirar hacia afuera e invertir energía en el desarrollo de iniciativas de política exterior.

Un escenario regional socialmente convulso –que puede producir destituciones de presidentes o el ascenso de fuerzas políticas extremistas– no pinta bien para avanzar en el fortalecimiento de mecanismos multilaterales que, como la CELAC, requiere convergencia de visiones y moderación de diferencias. Por todos estos motivos, el futuro de la CELAC es incierto y, desafortunadamente, está abierta la posibilidad de que se convierta en una sigla más en los intentos fallidos del regionalismo latinoamericano.

Notas

1. Las razones expresadas por Brasil fueron que la CELAC no da “resultados en la defensa de la democracia o en cualquier área” y, por el contrario, otorga “protagonismo a regímenes no democráticos como los de Venezuela, Cuba, Nicaragua” (Deutsche Welle, 2020).
2. En abril de 2020 esos países son: Guatemala, Guyana, Bolivia, Colombia, Uruguay, Chile, Costa Rica, Brasil, Ecuador, Haití, Honduras, Panamá, Paraguay, Perú, El Salvador, Santa Lucía, Bahamas y República Dominicana.
3. Es interesante notar que los mecanismos multilaterales subregionales de Centroamérica y el Caribe sí produjeron respuestas conjuntas. CARICOM ha sido el espacio para reuniones de jefes de Estado y ministros de salud de sus países miembros, los cuales activaron un enfoque regional para combatir la COVID-19 mediante la Agencia de Salud Pública del Caribe (CARPHA), mientras que el Sistema de Integración Centroamericano (SICA) lanzó un Plan de Contingencia Regional contra el coronavirus.